



Material
preparatorio
del Jubileo 2025

2. Dios Habla hoy

Catequesis sobre el Concilio Vaticano II

ACCIÓN CATÓLICA GENERAL



DIOS HABLA HOY

El Concilio se fraguó en la renovación bíblica, patrística y litúrgica que tuvo lugar a lo largo de la primera mitad del pasado siglo. Esto, que se refleja en todos los documentos conciliares, concierne de manera muy directa a la temática de las **constituciones sobre la Palabra de Dios (Dei Verbum) y sobre la Sagrada Liturgia (Sacrosanctum Concilium)**. En ellas encontramos la raíz de algunas de las transformaciones más inmediatas y visibles en la Iglesia tras el Concilio: un acceso más fácil y abundante a la Sagrada Escritura, una participación más viva y consciente en la celebración de la Iglesia.

En estas dos vertientes —en la Palabra que se custodia y transmite, en la celebración que hace presente la acción salvadora de Dios— se manifiesta del modo más claro que **la vida y la misión de la Iglesia se sustentan en algo que ella, primeramente, recibe:**

1. Al principio, la Palabra

a) Autocomunicación de Dios

El primer libro de la Biblia comienza con el relato de la creación de todo por Dios a través de la Palabra (Gn 1,1-2,4). El evangelio según san Juan evoca ese comienzo, identificando esa Palabra del principio con Jesús; esto es lo que explica que solo Él nos haya podido dar a conocer a Dios (Jn 1,1-18). La creación es el inicio y el fundamento de una historia de salvación, por la cual Dios ha querido comunicar su bondad a sus criaturas y, de un modo especial, comunicar su vida a la humanidad. La revelación es, de este modo, una

b) Por obras y palabras

El modo en que Dios se ha revelado a la humanidad coincide con el modo por el cual tenemos acceso a la realidad: a través de acontecimientos. Un acontecimiento es una experiencia interpretada a la luz de un relato disponible, por el cual esa experiencia adquiere sentido. Se trata, pues, de una conjugación de “hechos” y de “palabras”:

“El plan de la revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas; las obras que Dios realiza en la historia de la salvación

- Dios tiene la iniciativa, gratuita y misericordiosa, de revelarse y de salvar.
- Jesucristo es el mediador y la plenitud de la revelación, es el Salvador.
- La Iglesia existe como el lugar donde Dios, por Jesucristo y en su Espíritu, hace resonar su Palabra y nos comunica la salvación.

No hay que olvidar que estas enseñanzas del Concilio se afirman en un **contexto de creciente increencia**, donde muchos ya no reconocen otro horizonte ni admiten otra autoridad que la experiencia inmediata. Precisamente en esta sociedad que no espera nada de Dios, que se desprende de la tutela eclesial en tantos ámbitos, que ha perdido el sentido de la trascendencia..., la Iglesia desea hacer resonar la perenne y sorprendente novedad de una Palabra que no cesa de llamarnos. En medio de la fragmentación del mundo contemporáneo y del vacío de sentido, también hoy nos habla Dios.

autocomunicación de Dios.

“Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad: por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina. En esta revelación, Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía” (DV 2).

manifiestan y confirman la doctrina y las realidades que las palabras significan; a su vez, las palabras proclaman las obras y explican su misterio” (DV 2).

De esta manera, se ha realizado la revelación paulatina de Dios y de su proyecto a lo largo de la historia de Israel —lo que llamamos el “antiguo” o “primer testamento”— y su culminación en la etapa final de la historia —inaugurada en el “nuevo testamento”—, por las misiones del Hijo y del Espíritu.

c) Llamados a responder

La revelación de Dios no se trata de una comunicación de ideas, sino de un evento personal, por el cual Dios establece un diálogo con la humanidad, que se concreta en cada una de nuestras historias.

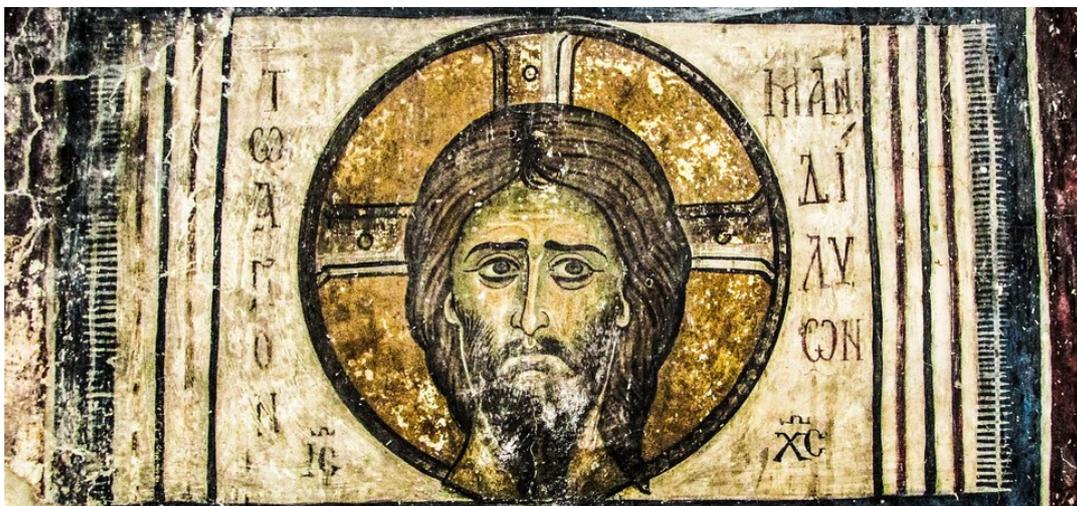
“La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador” (GS 19).

Hemos sido creados como interlocutores de Dios, como oyentes de su Palabra, y en nuestra respuesta a ella se juega la verdad de lo que somos. El diálogo, iniciado por Dios con cada ser humano al cual llama a la existencia, se afirma

como el fundamento de la dignidad de cada persona, llamada a corresponder al amor divino. Esta condición dialogal de la persona traduce a términos existenciales el concepto tradicional de “alma”.

La Palabra de Dios es no solo creadora, sino también vocación que atrae a la humanidad hacia nuestra plenitud propia, hacia la plena manifestación de nuestra verdad, que, paradójicamente, nos supera, y que solo podemos alcanzar acogiéndola como don. La acogida de este don se realiza por la fe, que no tiene su inicio en nosotros: la persona, movida por la gracia, responde a la iniciativa divina de revelarse y de salvarnos. La fe implica la confianza en Dios y nuestra entrega total a Él, de modo que nuestro entendimiento acepta gustosamente la verdad y nuestra voluntad sigue libremente sus mandatos (cf. DV 5).

2. Jesucristo, mediador y plenitud de la revelación



En los años anteriores al Concilio, con el reavivarse de los estudios bíblicos y patrísticos, se despertó en muchos una honda conciencia de que el centro de la revelación no estaba formado por un conjunto de verdades, sino por una persona: Jesucristo. Esta convicción, desarrollada en buena parte de la teología de la época, desemboca en el “cristocentrismo” de los textos conciliares. El misterio de Jesucristo, Verbo encarnado, ocupa el centro de la revelación y de

la predicación cristiana. El rostro de Jesucristo, en consecuencia, está en el centro mismo de todo el Concilio.

“Después de todo ¿qué viene a ser un Concilio Ecuménico sino el renovarse de este encuentro del rostro de Jesús resucitado, rey glorioso e inmortal, radiante en toda la Iglesia para salud, alegría y resplandor de las naciones?”¹.

¹ JUAN XXIII, Radiomensaje un mes antes de la apertura del Concilio Vaticano II (11 de septiembre de 1962). Un desarrollo precioso de este cristocentrismo de la revelación lo encontramos en BENEDICTO XVI, Verbum Domini, nn. 11-13.

a) Semillas del Verbo

Siguiendo una antigua convicción de los Santos Padres, el Concilio invita a reconocer la acción reveladora de Dios fuera del ámbito de la Iglesia y anterior a su predicación, como una “preparación al Evangelio” (LG 16, GS 57, AG 3). Esa acción de Dios tiene por mediador al Verbo, en quien San Justino reconoció al verdadero “Logos sembrador” —la “razón seminal” de los estoicos, generadora de todas las cosas—, que derrama sobre el mundo sus semillas de bien y de verdad. De forma audaz, los padres conciliares afirmaron esta acción de Dios, análoga a aquella por la cual llevó adelante su revelación paulatina en la historia de Israel, como algo que sigue operante, tanto en la mente de cada persona, como en los pueblos que aguardan el testimonio y la predicación de la Iglesia.

“Así pues, todo lo bueno que se halla sembrado en los corazones y la mente de los hombres o en los ritos y culturas propias de los pueblos, no perece, sino que es sanado, elevado y consumado para gloria de Dios, confusión del diablo y felicidad del hombre” (AG 9).

La imitación de este modo de actuar Dios en la historia constituye el fundamento para la adaptación que requiere el Evangelio a cada cultura y que, pronto después del Concilio, empezó a designarse como “inculturación”. Así como el Verbo se hizo carne para salvarnos (“encarnación”), el Evangelio transmitido por la Iglesia debe verterse en los modos culturales que permitan su mejor comprensión y acogida en cada pueblo y situación (cf. AG 22; GS 58).

b) El misterio del Verbo encarnado

El acontecimiento que ilumina la entera historia y el universo es la encarnación del Verbo de Dios, su muerte por nosotros, su resurrección para comunicarnos su vida. Jesucristo, siendo verdaderamente Hijo de Dios y hombre, no solo es mediador de la revelación, sino también su plenitud. Todo lo que Dios ha querido mostrarnos de sí mismo y de nuestra salvación se concentra, tiene su fuente y su culmen en Jesucristo.

“La verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre que transmite dicha revelación, resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la revelación” (DV 2).

Al revelarse Dios en Jesucristo, Verbo encarnado, al mismo tiempo nos revela nuestro propio misterio. La revelación, dirigida a la humanidad, es, en definitiva, oferta de salvación. El ser humano solo puede comprender enteramente su realidad, vivir con pleno sentido y construir una sociedad verdaderamente humana a la luz del misterio de Jesucristo, verdadero y nuevo hombre:

“Realmente, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Pues Adán, el primer hombre, era figura del

que había de venir, es decir, de Cristo, el Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación” (GS 22).

En Jesucristo, Dios ha mostrado a la humanidad quiénes somos y nos ha invitado a colaborar con Él en su plan, siendo sujetos de una historia que tiene en Cristo, alfa y omega, su cimiento y su clave de bóveda:

“El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se hizo carne de modo que, siendo Hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas. El Señor es el fin de la historia humana, el punto en que convergen los deseos de la historia y de la civilización, centro del género humano, gozo de todos los corazones y plenitud de sus aspiraciones. Él es Aquel a quien el Padre resucitó de entre los muertos, exaltó y colocó a su derecha, constituyéndolo juez de vivos y muertos. Vivificados y reunidos en su Espíritu, peregrinamos hacia la consumación de la historia humana, que coincide plenamente con el designio de su amor: *Restaurar todas las cosas del cielo y de la tierra* (Ef 1,10)” (GS 45).



3. Transmisión de la revelación

El diálogo de Dios con la humanidad tiene hoy en la Iglesia su principal vehículo y manifestación. En ella y por ella, se hace explícito y se extiende el diálogo que Dios desea mantener con nosotros a través de los siglos. En ello consiste, sustancialmente, la evangelización. La Iglesia no propone una palabra propia, una filosofía, una sabiduría adaptada al tiempo; transmite una palabra que proviene de Dios y que se propone en obediencia al mandato del Señor:

“Cristo nuestro Señor, plenitud de la revelación, mandó a los Apóstoles predicar a

todos los hombres el Evangelio como fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta” (DV 7).

En la fidelidad a esta misión reside el alma de la evangelización: “para que todo el mundo, con el anuncio de la salvación, oyendo crea, y creyendo espere, y esperando ame” (DV 1). Esta transmisión, fuente de vida y salvación (cf. 1Jn 1,2 -3), se realiza en la Iglesia a través de tres instancias inseparables: Tradición, Escritura y Magisterio.

a) Sagrada Tradición

En un sentido básico, la misión de evangelizar, que es la razón de ser de la Iglesia, comienza por la “transmisión”. Este es el significado más inmediato de la palabra “tradición”, que subraya la fidelidad a la Palabra que se ha recibido de Dios en Jesucristo y que la Iglesia, enraizada en el testimonio de los Apóstoles, custodia en favor de la entera humanidad.

“Lo que los Apóstoles transmitieron comprende todo lo necesario para una vida santa y para una fe creciente del Pueblo de Dios; así la Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades

lo que es y lo que cree” (DV 8).

La Tradición apostólica no es una pieza de museo, sino que alimenta la vida concreta de los cristianos de todos los tiempos y asegura, por la acción del Espíritu, que el mismo Evangelio llegue a la mente y al corazón de todos y cada uno, de generación en generación.

“El Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo” (DV 8).

b) Sagrada Escritura

La Tradición acogió los textos que, usados repetidamente para la predicación y la catequesis, fueron siendo reconocidos en la Iglesia como inspirados por Dios. Por eso, la Escritura no es considerada en la Iglesia católica como la fuente única de la certeza acerca de lo que cree y vive. Además, es imprescindible atender a algunos criterios de interpretación, que alejen la tentación de leer los textos bíblicos de modo fundamentalista.

En primer lugar, las afirmaciones contenidas en la Biblia no están ahí consignadas para saciar nuestra curiosidad histórica o científica, sino que tienen un sentido religioso. Por eso, transmiten la verdad “sólidamente, fielmente y sin error”, efectivamente, pero solo en cuanto concierne a su finalidad de servir “para salvación nuestra” (DV 11).

Es importante, además, considerar que se trata de textos muy antiguos, escritos en contextos culturales muy lejanos a nosotros, y que hacen uso de géneros literarios que es preciso reconocer para una correcta comprensión (cf. DV 12). A menudo, la sencillez de muchos pasajes bíblicos, mil veces leídos y escuchados, es solo aparente; y otros tienen un significado oscuro, imposible de descifrar con una lectura simple. Con esta advertencia, el Concilio avala la importancia de los estudios filológicos para una buena exégesis

c) Magisterio

La interpretación autorizada de la Palabra de Dios está encomendada al “Magisterio vivo”, que realizan los pastores en nombre de Jesucristo (DV 10). Se trata de un servicio, que no sitúa a los pastores por encima de la Palabra, sino en una grave responsabilidad:

“para enseñar puramente lo transmitido, pues por mandato divino, y con la asistencia del Espíritu Santo, lo escucha devotamente, lo custodia celosamente, lo explica fielmente; y

de la Escritura. Por eso, las ediciones de la Biblia que se han difundido, ya desde algunos años antes del Concilio, suelen estar acompañadas de útiles introducciones y notas a pie de página.

El criterio principal para la lectura de la Biblia es que esta reclama una actitud de escucha creyente. No se trata de un libro cualquiera de historia, poesía o relatos. Dios mismo nos habla a través de él y, por eso, “se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita” (DV 12). Esta actitud de lectura espiritual ha de impregnar los estudios bíblicos, que no pueden limitarse a una aplicación de métodos: “hay que tener muy en cuenta el contenido y la unidad de toda la Escritura, la Tradición viva de toda la Iglesia, la analogía de la fe” (DV 12). Es decir: considerar los textos en la perspectiva de una revelación paulatina que tiene en Jesucristo su culminación, acoger las interpretaciones que a lo largo de la historia han fecundado la enseñanza y la vida eclesiales y considerar el conjunto de la doctrina cristiana.

Este modo de interpretar la Escritura, que propone el Concilio, contrasta con usos que han derivado históricamente en graves desvíos y divisiones en la Iglesia. Es el modo en que puede llegar a ser “como el alma de toda la Teología” (OT 16) y ayudar a “madurar el juicio de la Iglesia” (DV 12).

de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como revelado para ser creído” (DV 10).

Hay que destacar el modo en que así queda matizado el papel del Magisterio, que había caracterizado durante siglos a la Iglesia católica, de manera desproporcionada respecto a las otras instancias de transmisión de la Revelación (Tradición, Escritura), sobre un fondo de polémica frente a ortodoxos y protestantes.

4. Fuente y culmen de la vida cristiana



La primera Constitución que fue promulgada por el Concilio, en diciembre de 1963, fue **Sacrosanctum Concilium**, sobre la sagrada liturgia. En ella se manifiesta el fruto maduro del *movimiento litúrgico* que se había desarrollado durante los decenios anteriores, y se ponen las bases para la reforma que constituirá una de las transformaciones más visibles en la Iglesia después del Concilio². Un resultado patente fue la participación más viva de los fieles en la celebración: un uso más limitado del latín, el fomento de los cantos y los gestos por parte de la asamblea...

La celebración de la Iglesia se trata de una **economía "sacramental"**. Esto quiere decir que en ella se conjugan elementos visibles e invisibles para la comunicación de la fe y de la gracia: a través de lo sensible se nos da acceso a los dones espirituales que proceden de la Pascua de Jesucristo. En el fondo, late la misma lógica de la encarnación, por la que "su humanidad, unida a la persona del Verbo, fue el instrumento de nuestra salvación" (SC 5).

"Así pues, con razón se considera la liturgia como el ejercicio de la función sacerdotal de Jesucristo en la que, mediante signos

sensibles, se significa y se realiza, según el modo propio de cada uno [de estos signos], la santificación del hombre y, así, el Cuerpo místico de Cristo, esto es, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público" (SC 7).

La dinámica de la autocomunicación de Dios que se revela, "**por obras y palabras intrínsecamente ligadas**" (DV 2), continúa en el modo en que su salvación llega hasta cada uno de nosotros: primeramente, por el anuncio del Evangelio que llama a la fe y a la conversión; después, por los signos de la liturgia, que "es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza" (SC 10). En cada celebración de la Iglesia ha de aparecer con claridad "la unión íntima del rito y la palabra" (SC 35). De ahí la importancia que adquieren, a partir del Concilio, el uso de las lenguas vernáculas, las adaptaciones, la homilía como parte integrante de la liturgia...

Una de las disposiciones de más calado de esta Constitución fue la restauración del **catecumenado de adultos** (SC 64), desarrollado en diversas etapas, que también inspirará desde entonces toda la acción catequética.

² Ese movimiento se impulsó, ya desde el siglo XIX, en la abadía de Solesmes (Francia) y se vio apoyado por los estudios en torno a textos patristicos (Didajé, Tradición apostólica) y por escritos de Odo Casel y Romano Guardini, entre otros. El estímulo de Pío X a la música sacra y a la comunión frecuente y la encíclica *Mediator Dei* de Pío XII pueden contarse también entre los hitos de esta nueva sensibilidad ante la liturgia.

5. Un pueblo profético

Los bautizados, que por la fe se han adherido confiadamente al Señor y han acogido el mensaje del Evangelio, entran a formar parte del Pueblo de Dios. Este pueblo, “pueblo mesiánico” (LG 9), de personas ungidas como sacerdotes, profetas y reyes con Cristo, tiene en medio del mundo la misión de hacer resonar la buena noticia de la salvación y de hacerla creíble y visible con el testimonio de sus vidas.

“El pueblo santo de Dios participa también del carácter profético de Cristo dando un testimonio vivo de Él, sobre todo con la vida de fe y amor, y ofreciendo a Dios un sacrificio de alabanza, fruto de unos labios que aclaman su nombre” (LG 12).

Así pues, Dios confía a la Iglesia en su conjunto y a cada uno de los creyentes que Él pueda ser conocido y amado y que así muchos puedan adherirse sumarse a colaborar en su proyecto del Reino. Esta confianza depositada por Dios en quienes creen en Él implica una garantía, que se

6. Vox temporis, vox Dei

No podemos concluir esta reflexión sobre la primacía de la iniciativa divina de revelarse y salvar, sin aludir al papel que se reconoce en el Concilio a los “signos de los tiempos”. La expresión la empleó Juan XXIII, inspirándose en los pasajes evangélicos donde Jesús invita a discernir lo que hay que hacer comparándolo con la observación de las nubes, el viento, o la higuera.

“Siguiendo la recomendación de Jesús cuando nos exhorta a distinguir claramente los signos de los tiempos, Nos creemos vislumbrar, en medio de tantas tinieblas, no pocos indicios que nos hacen concebir esperanzas de tiempos mejores para la Iglesia y la humanidad”³.

En estos signos de los tiempos se puede reconocer también, de alguna manera, la voz de Dios: *vox temporis, vox Dei*. Esta atención está vinculada a la preocupación pastoral del Concilio por los destinatarios contemporáneos del mensaje cristiano. Los “odres nuevos” para el

denomina el “sentido sobrenatural de la fe” o *sensus fidei*. Esto significa que “la totalidad de los fieles que tienen la unción del Santo (1Jn 2,20 y 27) no puede equivocarse en la fe”, pues “el Espíritu de la verdad suscita y sostiene ese sentido de la fe” (LG 12). Esto no concierne a las opiniones acerca de cualquier asunto, sino a “cuestiones de fe y de moral”; y no lo que cada cual piense o haga por su cuenta, sino en la medida en que se halle en comunión con la totalidad, “bajo la dirección del magisterio” (LG 12).

La dignidad y la responsabilidad que estas palabras del Concilio afirman acerca de los fieles cristianos aún no han sido acogidas con toda la hondura y repercusiones que encierran. En ellas resuena la palabra del mismo Jesús a quienes le escuchaban: “Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5,13-16). La luz de los hombres ha querido irradiarse a partir de los creyentes para alumbrar así a todos.

vino siempre nuevo del Evangelio han de encontrarse a través de una disposición de diálogo y colaboración con la gente de cada tiempo y lugar. Es en la Constitución pastoral *Gaudium et spes* donde se desarrolla esta idea, que está en la base de la necesaria adaptación de las expresiones, para realizar una propuesta significativa y relevante de la fe.

“Corresponde a todo el Pueblo de Dios, especialmente a los pastores y teólogos, auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, los diferentes lenguajes de nuestro tiempo y juzgarlos a la luz de la palabra divina, para que la Verdad revelada pueda ser percibida más completamente, comprendida mejor y expresada más adecuadamente” (GS 44).

Siguiendo el método inductivo, que ya empleó Juan XXIII en *Pacem in terris*, el Concilio hace primero un ejercicio de mirada atenta a la realidad del mundo, con las luces y las dramáticas

³JUAN XXIII, *Humanae salutis*, n. 4. Cf. Mt 16,3; 24,32; Mc 13,28-29; Lc 21,29-33; 12,54-58.



contradicciones de esta época de la historia, donde se reconoce un tiempo favorable para el anuncio de Jesucristo como modelo de verdadera humanidad.

“Corresponde a la Iglesia el deber permanente de escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, de manera acomodada a cada generación, pueda responder a los perennes interrogantes de los hombres sobre el sentido de la vida presente y futura y sobre la relación mutua entre ambas” (GS 4).

En estos “interrogantes perennes” y en la relación entre los legítimos anhelos de la humanidad y su destino trascendente se encierra una verdadera llamada de Dios, que clama a cada ser humano desde su interior y también a través del anuncio de la Iglesia. La Iglesia, a su vez, no puede desoír a sus contemporáneos, para reconocer en sus expresiones de esperanza o de lamento, incluso cuando con ellas renieguen de Dios, los ecos del anhelo que Dios mismo ha colocado en el centro de su ser. El **ateísmo**, difundido en la era secular,

no puede ser reconocido como un “fenómeno originario”, pues tiene sus causas. Por eso, la Iglesia no se puede cansar de proponer su mensaje ni puede renunciar a ofrecer su colaboración en la construcción de una sociedad verdaderamente humana.

“La Iglesia sabe muy bien que su mensaje conecta con los deseos más profundos del corazón humano cuando reivindica la dignidad de la vocación humana, devolviendo la esperanza a quienes desesperan ya de su destino más alto” (GS 21).

En definitiva, Dios sigue hablando y esperando una respuesta a través de los acontecimientos y de la realidad social de cada momento. La lectura de los hechos, a la luz del Evangelio, puede guiar a la humanidad por el camino del amor, la justicia y la paz. El método de revisión de vida (ver, juzgar, actuar) se funda en esta convicción y permite desarrollar este dinamismo de mirada a la realidad, escucha de la Palabra y discernimiento de la concreta voluntad de Dios.

¹² JUAN XXIII, *Discurso en la inauguración solemne del Concilio Vaticano II (11 de octubre de 1962)*.

Para reflexionar y dialogar

1. La escucha de la Palabra y la celebración de los sacramentos, especialmente la Eucaristía, ¿en qué medida están siendo centrales en tu vida? ¿Y en la vida de tu comunidad? Pon algún ejemplo.
2. La fe es respuesta personal a Dios que se revela. ¿Por qué medios ha llegado hasta mí la buena noticia? Recuerda un acontecimiento, una persona, un texto significativo para ti.
3. Leer la Biblia es darle la palabra a Dios. Ora con las lecturas de la misa del domingo y escribe algo del coloquio que mantengas con el Señor, a partir de tu situación concreta. Continúa ese coloquio durante la Eucaristía y haz algún propósito. Esto mismo se puede compartir también en grupo.

Notas



Acción Católica General
C/ Alfonso XI 4, 5º - 28014 – Madrid
Tfno.: 915 311 323
www.accioncatolicageneral.es



[accioncatolicageneral](https://www.facebook.com/accioncatolicageneral)



[ACGevangelizar](https://twitter.com/ACGevangelizar)